

Colección **Voces del Foro**
DIRECTORES
Pablo Peusner y Luciano Lutereau

ALICIA DONGHI

Tecnogoces

El sujeto en tiempos virtuales

Con la colaboración de

LILIANA VÁZQUEZ
MARINA TROILO
SILVINA LÓPEZ GIACOMINI
IARA BIANCHI
MATÍAS MURO



3818

**Letra
Viva**

Lazos en reciclaje

Actualmente los celulares o teléfonos inteligentes nos movilizan, en el mejor de los casos nos causan, a veces a pesar nuestro, ya que es difícil sustraerse a los mandatos del mercado, a la aceleración de la hiperconectividad. Despliegan en un *click* o en un *touch* múltiples fantasías: que siempre seremos escuchados (o *mensajeados*) que podremos jugar con un *no sé quién* en algún confín del mundo; y por último que nunca estaremos solos. Esta última vivencia es clave porque en el momento en que un sujeto parece quedarse en intimidad, se queda solo, incluso por unos segundos, se inquieta, se altera, se angustia, busca un dispositivo para conectarse (teléfono fijo, Smarthphone, computadora, Tablet, Estar solos y desconectados es un malestar a resolver y la gente lo soluciona... conectándose. Y estamos –ni más ni menos– que en un circuito de consumo y abstinencia permanente, que se resuelve volviendo a consumir conectándose... ¿Síntoma, solución, remedio? Muestra pero no resuelve un problema que subyace. Más que

un síntoma, la conexión permanente está conformando una nueva forma de identificación, un nuevo modo de estar—ser en el mundo. Una publicidad reciente muestra un sujeto desnudo en la esquina de su casa, corriendo y *vistiéndose* cuando va recuperando su celular.

En tiempos asombrosamente breves, quizás hasta hace menos de un lustro, los lazos tecnológicos, la interacción era de *ida y vuelta* entre un mundo denominado virtual y una realidad que portaba algunas garantías consensuadas. Las metáforas ligadas a la posibilidad de disfrazar la identidad, o la “*second life*” eran habituales. Eran tiempos de conexión a tiempo parcial, mientras que hoy la conectividad 24 horas, mediante celulares, va generando otro escenario. La etapa de baja conectividad reúne temas más ligados a la identidad y la mirada del otro. En cambio, hoy en un mundo de aceleración constante y de consumismo irrefrenable, ciertos objetos tecnológicos, principalmente los celulares (y entre ellos los Smartphones) al alcance de la mano, funcionan casi como una prolongación, convirtiendo a los cuerpos en móviles. La problemática central pasa a ser si es posible experimentar la soledad o mejor dicho estar ausente, incomunicado, sin algún objeto tecnológico que haga sentir la presencia (timbres de alertas, de notificaciones, etc.) de diferentes “demandas” (de propagandas políticas, comerciales también). Los celulares en las sesiones ya forman parte de sus rituales, sea que se los apague o se los deje prendidos tienen una *presencia*. De más está decir que ya no es rara la premura de un adolescente y no

tan adolescente, de que le carguemos el celular en algún enchufe del consultorio; o empezar las sesiones con el celular acostados en el diván para leernos una conversación. Por suerte esta conducta se hace engorrosa, ya que uno termina apelando al preciso y precioso instrumento de la asociación libre, recordando la regla fundamental, solicitando relaten *cómo se les ocurre, con sus palabras y sin esa atadura*. Aceptar o no estas demandas según el caso se hace cada vez más compleja, porque aparecen ansiedades más inauditas que las de otrora respecto de necesidades más básicas como, por ejemplo, ir al baño o escupir un chicle.

La presencia de las nuevas tecnologías, principalmente Internet, nos muestra localizaciones de los sujetos por fuera de los espacios reales. Hace ya un tiempo la sensación que se transmite en la clínica cotidiana es la de que Internet permite habitar un espacio *demasiado anónimo* que, paradójicamente presenta las características de *sin lugar* y al mismo tiempo representa la recuperación de lazos perdidos que lo convierte en *un lugar*. El deterioro de los lazos sociales en las grandes ciudades se observa en la pérdida constante de garantías, mezcla de temor a la exclusión, donde desconexión se asimila a pérdida. Los barrios van desdibujando su perfil tradicional, propio, histórico, sus particularidades para ajustarse a los modelos de comercialización. Cada esquina va perdiendo las características que lo hacen singular. Este fenómeno se observa en la multiplicación de opciones de centros, cada uno similar a otro,

que a modo de anillos se conectan y desconectan sin hacer nudo, frontera. Mientras los espacios urbanos se van fragmentando y en tanto tal segregan, otras redes generan ciudades, esta vez *virtuales* recreando lazos difíciles de recortar, de anudar. La continua tendencia a la privatización de los espacios urbanos, el repliegue domiciliario, la falta de garantías, subvierte los espacios: estar cerca puede implicar estar lejos y todo lo contrario. Estos vínculos merecen un análisis a la luz de las relaciones entre espacios virtuales productos de lo digital y virtualizaciones del espacio público, producto de la privatización, la globalización y la concentración económica.

La presencia de una tecnología como Internet nos muestra las nuevas localizaciones de las personas, que reciclan sus desubicaciones en las ciudades reales, para convertirse en habitantes de un espacio de constante anonimato que empuja a una soledad globalizada. En su último libro *Alone Together* la psicóloga Sherry Turkle se distancia de sus primeros trabajos (*El segundo yo, Vida en la pantalla*, entre otros) y muestra un cambio en la conectividad abismal, Señala:

“En 1996, cuando di mi primera charla en TED, Rebecca tenía cinco años y estaba sentada ahí en la primera fila. Yo acababa de escribir un libro que celebraba nuestra vida en Internet y estaba por aparecer en la portada de la revista Wired. En esos días tan emocionantes experimentábamos con salas de chat y comunidades virtuales, explorábamos diferentes aspectos

de nuestro ser y luego nos desconectábamos. Yo estaba emocionada. Y, como psicóloga, lo que más me maravillaba era la idea de que usaríamos nuestro aprendizaje en el mundo virtual sobre nosotros, sobre nuestra identidad, para vivir mejor en el mundo real.”

Las cosas cambiaron en corto tiempo. La idea que primaba en esos trabajos era la interacción entre un mundo denominado virtual y la realidad consensuada. Abundaban las metáforas de baile de disfraces, construcción de la identidad y particularmente la idea de reciclaje de la identidad. Eran épocas de conexión a tiempo parcial, mientras que hoy la conectividad 24 horas, mediante celulares, va generando otro escenario. En la primera etapa de baja conectividad, el tema de la identidad y de la mirada del otro están en el centro de la investigación; hoy en un mundo de aceleración constante, la problemática central pasa a ser la mercantilización de los sujetos, siempre posibles clientes, en un mercado que todo pretende abarcarlo y hacerlo circular, en un mercado del cual viven cientos de empresas. Podemos decir que existen agrupamientos, casi *ciudades virtuales* en Internet: la de los sueños de los '70, donde las ideas de libertad se reciclan en nuevas causas *aggiornadas* a los tiempos que corren y conviven con autoritarios que buscan imponer sus puntos de vistas. La de los solitarios que buscan realizarse en amores virtuales. La de los que expulsados del proceso productivo buscan un lugar en el teletrabajo. La de los perversos que ven en el anonimato una posibilidad para

desarrollar sus escenas sin una rápida condena social. La de los miembros de las listas y foros, habitantes de comunidades virtuales.

Aunque en nuestro país es un fenómeno todavía limitado, creemos importante indagar en las manifestaciones de estos grupos, ya que en las consultas clínicas comienzan a aparecer algunos fenómenos relacionados con el uso y el abuso de Internet, que ya están instalados en otros países cuya impronta tecnológica está más arraigada. No es un dato menor que la globalización económica dependa y en ocasiones esté sostenida en redes informáticas.

El ciberespacio tiende a crear pertenencias fuertes y relaciones que con la velocidad de lo digital fluyen a un tiempo mayor que las relaciones cara a cara. Esta condición parece extenderse y crear un nuevo tipo de vínculos desde las pantallas, por texto, voz o cámaras, que alientan puestas en escenas narcisistas en la comunicación. El futuro deberá mostrarnos hasta donde existe o existirá un *continuum* entre virtualidad y realidad. ¿Estaremos ante un nuevo modo de lazos donde hay continuidad o existirá la duplicación de espacios sin comunicación entre ellos? Es posible que la tendencia a comunicarse —a través de la pantalla— para muchos sea un modo de relación que no involucre nunca el encuentro con el otro en la realidad. Este fenómeno se nota en las convocatorias en vivo de las listas de discusión donde pocos se animan a verse las caras, pero en cambio están dispuestos a vivir gran cantidad de horas

diarias con los otros en la red. Muchos sostienen que el ciberespacio es independiente del mundo real y al mismo tiempo tiene formas propias que reproducen el mundo real a mayor velocidad, sin que implique una continuidad absoluta sino más bien reproducciones fragmentadas. Algunos sentimientos de pertenencias se han desplazado del mundo real al virtual en *asentamientos virtuales* (cuentas de mail, una página Web, un grupo de chateo, una lista de discusión, etc.).

El tiempo y el espacio en el ciberespacio son temas puntuales por su relación con la intensidad de la respuesta, en términos de velocidad y la cuestión de la identidad en este contexto por la posibilidad de contactos simultáneos. Una de las distinciones a hacer se corresponde con la velocidad real de respuesta, la velocidad subjetiva y la noción de temporalidad cuando se está en una situación de inmersión tecnológica. No es lo mismo la subjetivación del tiempo y la velocidad en dispositivos asincrónicos como el e-mail, que en la sincronía del chat. Al constituirse un espacio de temporalidad del mundo real, se pone en suspenso y el ritmo de las palabras, la rapidez o lentitud de las respuestas van generando un tiempo propio. Efecto similar se observa en los video-juegos, donde el tiempo del juego sujeta al jugador de tal modo que el tiempo real sigue transcurriendo pero en una escena por fuera de él.

Esta zona intermedia, tipo microclima tecno-lúdico, es el espacio donde se nutren las relaciones entre realidad y fantasía. Este espacio es una construcción artifi-

cial entre los sujetos y el medio. Quienes estamos en dispositivos analíticos, sea como analizantes o como analistas, nos es común reconocer este espacio que en la clínica Freud denominó la producción de una neurosis artificial. Recurrimos al dispositivo analítico porque encontramos en él muchas cuestiones que aparecen como novedad en la vida en el ciberespacio, pero que en realidad existen en el *otro espacio* y que tienen que ver con una conceptualización del yo como un punto de llegada, siempre fragmentado más que punto de partida o elemento dado e inmutable. De allí que esta relación entre el tiempo y la identidad sea un eje por demás interesante para tratar de acercar claridad al campo de las producciones en Internet.

La idea de yo está cuestionada. Y aparece la de un ser, un debería ser, y un quisiera ser, como subversión del mandato kantiano: *tú eres, tú debes*. Una visión en casi todos los teóricos de la vida en el ciberespacio es la liberación justamente de los mandatos. En realidad, la estructura de mercado y su globalización van generando fragmentos del yo, producto de la generalización de la circulación de mercancía, de la aceleración del circuito de los objetos para la venta. Allí el yo atrapado como un objeto más en la serie cae en la doble función de objeto real y deseado, como cualquier otro objeto. Se desprende de esto una posibilidad de multiplicidad de identidades que encuentran en Internet un campo propicio para relacionarse con otros, sin que importe tanto la diferencia entre realidad y fantasía.

Esta idea llevada al extremo la encontramos en *Mediamoforsis*, de Roger Filder, cuando futuriza “Al hacerse más rápidas y poderosas las redes informáticas tendrán mayor posibilidad de incorporar programas que funcionen como sustitutos humanos... Con las futuras cibertecnologías puede ser que no sepamos y ni siquiera nos importe si la persona con la que estamos es otro ser humano o un ente digital”.

El problema de la identidad puede ser pensado de dos formas: como preservación de la identidad real para permitirse *licencias*, o como cambio constante de identidades. Esta tensión descrita por Sherry Turkle en *Vida en la pantalla*, alude a las posibilidades de romper la identidad en el sentido de totalidad. El soy tal, mi género es tal, mi edad es tal, y mi ocupación social es tal, pasa a una flexibilización, entendida por la autora, producto de las deconstrucciones propuestas por las corrientes postmodernas. Sin embargo, estas fragmentaciones también se dan en el mundo real pero con un nivel de censura social mayor. Lo que hace que los marcos de referencia de la realidad aparezcan a simple vista como más sólidos. La “máscara”, esa significación de la palabra “persona”, encuentra aquí nuevas posibilidades. Algunos autores sostienen que el chat es como un baile de disfraces, una actuación, a veces patológica. Un planteo de fin de siglo que encuentra su correlato en los cambios que las identidades van tomando en el mundo y que como fragmentos se expresan dentro de una lógica de mercado. La producción a infinito de

objetos y la conversión del mismo sujeto en mercancía, van fragmentando, en relación a la satisfacción y al deseo de nuevos objetos. “En el chat y en las listas la fragmentación parece ponerse en real, permitiendo que los pedazos de la identidad social perdida, se desarrollen aún en contradicción unos con otros. Esta lógica de los fragmentos en la legalidad de la red se sostiene en una dimensión discursiva...”, sostiene la autora.

Z. Bauman en su libro *Vida de consumo* señala la nueva tendencia a la sobreexposición de *una sociedad confesional* en la que todo debe contarse y registrarse como un plus para garantizar la identidad. En términos mercantiles, el *negocio* libidinal y económico de transparentarse es más redituable que el exponer versiones parciales de los deseos que rigió el anonimato. Las vidas valen más si se desnudan en el campo nudista de las redes sociales, y si logran enlazar otras desnudeces habrán alcanzado algún grado de subjetividad compartida. Esta es la tendencia en las zonas más tecnológicas del planeta, un abandono de las mediaciones cara a cara en pos de la exposición pública en la web. Si en los '90 se era más líquido siendo más anónimo, hoy la liquidez y la movilidad están en ubicarse en los escaparates más populares y unir la imagen, los videos y los textos en la gran confesión que Bauman señala. Ahora bien ¿quién escucha las confesiones y cuál es el límite de lo confesable en esta metáfora religiosa de la vida en red?

Tecnogoces

“Hay cosas que hacen que el mundo sea inmundado (...) de eso se ocupan los analistas, que, contrariamente a lo que se cree, se confrontan mucho más con lo real que los científicos. Sólo se ocupan de eso. Están forzados a sufrirlo, es decir a poner el pecho todo el tiempo.”

JACQUES LACAN, *El triunfo de la religión*.

Cada época produce sus propios modos de vivir, morir, gozar y también de segregar. El predominio de la imagen asociada al consumo indiscriminado de objetos, mercancías y personas —desplegados en el ciberespacio— incide en la subjetividad precipitando modos de goce paradigmáticos y fenómenos de segregación inéditos donde impera el rechazo de toda diferencia. Situaremos un contrapunto entre lo que Freud reseña como un tipo de lazo por identificación en *Psicología de las masas y análisis del yo*: las chicas del internado haciendo un ataque histérico, por la carta del amado que recibe una, en una identificación que les permitía aventurarse por una vía deseante (situando por procuración la pregunta por los misterios femeninos que causan